

SOCIALISMO CHINO: UTOPIA Y REALIDAD

WLADIMIR POMAR

Río de Janeiro, Brasil

El socialismo con características chinas es fruto de un prolongado proceso revolucionario. Sus raíces se encuentran en la revolución nacional (contra el dominio de la dinastía manchú y de las potencias imperiales capitalistas) y democrático-burguesa (contra el dominio de los señores de la guerra feudales, por la reforma agraria y por las libertades políticas), emprendida por Sun Yatsen, al final del siglo XIX, uniendo a la burguesía nacional, los campesinos, los obreros y otras capas urbanas.

Esa alianza y las metas nacionales y democráticas fueron mantenidas en la revolución dirigida por los comunistas. Todavía en 1946, en su programa de una Nueva Democracia, negaron la existencia de una Muralla de China entre la revolución nacional y democrática y la revolución socialista, y reiteraron que la burguesía nacional participaría por largo tiempo en la construcción económica de China. O sea, la propiedad capitalista nacional tendría un papel positivo en el desarrollo de las fuerzas productivas del país.

Esto resultó utópico, porque los intereses de las clases de la sociedad china produjeron dificultades. La burguesía se lanzó a movimientos especulativos, que llevaron a la quiebra a sus empresas, transformándolas entonces en estatales, para continuar funcionando. Paralelamente, las disputas de los campesinos pobres contra los campesinos ricos, condujeron a un movimiento de ayuda mutua, seguido de un intenso proceso de cooperativización. Los campesinos pobres vencieron la disputa e impusieron a los campesinos ricos y medios su tradicional igualitarismo a la baja.

Confrontados con el bloqueo económico, político y militar de las potencias capitalistas, y con las fuerzas errantes soviéticas, los chinos procuraron aprovechar sus movilizaciones sociales para intentar la construcción socialista con el auto-esfuerzo masivo de los campesinos y obreros. Todas las políticas y movilizaciones sociales entre 1953 y 1976 –Cooperación Agrícola, Cien Flores, Gran Salto, Comunas Populares y Revolución Cultural– tuvieron como cimiento ideológico y bandera política el igualitarismo campesino a la baja.

Estas movilizaciones garantizaron los derechos humanos básicos de alimentación, vivienda, educación y

salud para la mayor parte del pueblo chino. Ser pobre era algo digno, siempre que todos fuesen igualmente pobres. Aunque esa concepción de socialismo de la pobreza se haya vuelto predominante, permaneció la utopía de que el inmenso esfuerzo, de más de mil millones de chinos, permitiese dar un salto en la producción y en la distribución de la riqueza social.

Por otra parte, al inicio de los años 1970 era ya evidente que esas movilizaciones no reducían el atraso relativo de China. La apertura diplomática hacia Occidente, promovida en ese período, sugería que el país se atrasaba todavía más, ante la revolución científica y tecnológica y la reestructuración capitalista en curso. Era también evidente para los líderes chinos que la Unión Soviética y los países socialistas del Este europeo no conseguían ya desarrollar sus fuerzas productivas, y se encaminaban hacia una crisis.

Aparte de eso, estaba la percepción de que la gran ascensión revolucionaria ocurrida durante el siglo XX llegaba a su clímax con la victoria vietnamita. A partir de ahí se iniciaría un largo período de descenso. Y el agotamiento de la misma revolución cultural demostraba que el igualitarismo, incluso cuando es estimulado por fuertes llamados ideológicos y políticos, y es practicado espontáneamente por las grandes masas, era incapaz de resolver el problema del desarrollo de las fuerzas productivas.

Fue frente a esta situación como el Partido Comunista chino se decidió por una retirada estratégica, tan grande y peligrosa como la Larga Marcha, entre 1935 y 1936. Además de reconocer el fracaso de los intentos realizados, el PC tuvo en cuenta que la propiedad privada y el mercado son instrumentos históricos de la necesidad humana de desarrollar las fuerzas productivas. Según este descubrimiento de Marx, tales instrumentos sólo serían superados cuando el alto nivel de producción social, en contradicción con la alta concentración de la propiedad privada, llegase a un grado en el que los capitalistas se viesan en la necesidad de proveer a la subsistencia de los productores que deberían producir su riqueza. Esa contradicción llevaría a la revolución social en los países capitalistas avanzados. La sociedad resultante todavía sería de transición

socialista, con restos capitalistas, antes de que se consiguiese una sociedad sin clases y sin Estado.

Marx no podía prever que las revoluciones dirigidas por partidos comunistas y socialistas irían a tener lugar en países atrasados desde el punto de vista capitalista. Lo que llevó a mucha gente a suponer que Marx estaba equivocado y que sería posible evitar el capitalismo en el desarrollo de las fuerzas productivas en el socialismo. La experiencia de los países socialistas del siglo XX demostró que Marx se engañó en lo accidental, pero tenía razón en lo fundamental.

China retrocedió, para la previsión de Marx, y para la propuesta de la Nueva Democracia. Retomó la propiedad capitalista y el mercado como instrumentos de desarrollo de las fuerzas productivas, y la alianza con la burguesía nacional como política de largo plazo. Además, aprovechó las dificultades de reestructuración del capitalismo desarrollado, que no conseguía ya mantener las altas tasas medias de lucro, o márgenes de rentabilidad, necesarias para su reproducción ampliada en sus países de origen. Lo cual le llevó a crear nuevas corporaciones empresariales, de cadenas productivas complejas, con industria, finanzas, comercio y logística, a utilizar ampliamente la especulación financiera y el trabajo esclavo, y a realizar una profunda fragmentación o segmentación de la producción industrial, transfiriendo a los países de la periferia las plantas industriales de los países desarrollados.

Los chinos decidieron aprovechar, de forma calculada, esas necesidades de las grandes corporaciones y del capitalismo en general. Abrieron su economía, presentando como atracción el bajo costo relativo de su mano de obra, la buena infraestructura de energía, transportes y comunicación, la poca burocracia en los procesos de inversión, y la estabilidad social y política. Pero lo hicieron de modo paulatino, condicionando las inversiones externas a la asociación con empresas chinas, a la transferencia de nuevas y altas tecnologías y a la participación en el comercio internacional.

Al contrario de las prédicas neoliberales, no abandonaron las planificaciones macro, ni las empresas estatales. Utilizaron ambas cosas como instrumentos para corregir desvíos del mercado y orientar la industrialización. En vez de privatizar las empresas estatales, las modernizaron. En vez de elevar los intereses para atraer capitales de corto plazo, los rebajaron, para diseminar el crédito, y establecieron controles sobre el movimiento de capitales. Y, en vez de un cambio

des-regulado, lo utilizaron como herramienta de política industrial, desvalorizando su moneda para elevar la competitividad de los productos chinos y participar en la mundialización.

Ha sido de ese modo como China se ha transformado, en 25 años, en la principal fábrica del mundo, invirtiendo la antigua práctica de los países periféricos como exportadores de materias primas y semi-manufacturadas, mientras los países desarrollados eran los exportadores de productos industrializados y bienes de capital. Al mismo tiempo, al contrario que la mayoría de los países capitalistas, en los cuales el desarrollo capitalista tiende a descartar la fuerza de trabajo y colocarla al margen de los mercados, China viene practicando una política activa de redistribución de la renta, a través del aumento constante de los salarios, la universalización de las jubilaciones, pensiones y seguros de desempleo, y la supresión de los impuestos agrícolas.

En 1978, la igualitaria China tenía 700 millones de pobres y 400 millones de personas viviendo bajo la línea de la pobreza. En 2007, tenía –variando según las fuentes– entre 150 y 350 millones de personas de clase media alta, cerca de 500 millones de clases media baja y media, y 500 millones de pobres. Los que todavía viven bajo la línea de la pobreza oscilan en torno a los 20 millones. Siguiendo la política del «enriquecimiento por oleadas», el padrón base de sus 1.400 millones de habitantes debe ser de clase media-media en 2020.

Cambios de tal envergadura generan problemas de todo tipo, especialmente cuando la propiedad privada capitalista está presente. La nueva burguesía está contenta con su situación. Lo mismo ocurre con los millones de personas que ascendieron socialmente. Y los pobres de hoy tienen la esperanza de prosperar. Sin embargo, cuando la tasa media de lucro caiga, la burguesía china va a exigir la revocación del «enriquecimiento por oleadas», igual que la burguesía europea puso fin al Estado de bienestar social.

Ése va a ser el momento para saber si el Estado y el PC chino se han mantenido firmes en el camino de pasar de la transición socialista a una sociedad superior, y permanecerán del lado de los trabajadores. Éste es el riesgo que está atravesando China. Sin correrlo, tal vez se hubiese sumergido en el pantano en que la Unión Soviética se hundió. Y, como ignoramos si ese riesgo es una utopía o una realidad, conviene observar con cautela y aprovechar todas sus lecciones.